

Los milagros revelan el amor misericordioso de Dios

Jesús sanador

Pedro Trigo*

RELIEVE ECLESIAL



Las curaciones ocupan un lugar importantísimo entre lo que los discípulos recuerdan sobre Jesús. He aquí un acercamiento al tema

En el evangelio de Marcos, que fue el primero que se escribió, ocupan más de la mitad. Pero también para el último de los evangelios, que se escribió como unos treinta años después, un evangelio que se caracteriza por las reflexiones teológicas sobre la figura de Jesús, las curaciones son los signos que más se destacan y por eso se exponen con mucho detenimiento, por ejemplo la curación del paralítico que llevaba postrado 38 años, la del ciego de nacimiento o la resurrección de Lázaro.

No sólo es el pueblo enfermo con enfermedades de pobres y sus discípulos y amigos quienes lo recuerdan sanando, también lo reconocen sus enemigos e incluso en fuentes extracristianas se recuerda a Jesús como alguien que curaba.

LAS CURACIONES

Así pues, si Jesús dedicó una buena parte de su tiempo a curar, tenemos que preguntarnos qué lugar ocuparon las curaciones en su misión. Su misión estuvo centrada en el reino de Dios: en proclamar que estaba viniendo y en ponerse a su servicio para que aconteciera. Por tanto tenemos que comenzar por aclarar qué era ese reino del que hablaba Jesús.

Toda la historia del pueblo hebreo estuvo centrada en la alianza con Dios. La fórmula de la alianza era la siguiente: yo seré su Dios y ustedes serán mi pueblo. Pues bien, el reino de Dios es la realización de la alianza, más allá de lo que los israelitas se habían imaginado.

Ellos pensaban simplemente que él los había escogido como su pueblo, les había dado su ley como el camino de la vida, habitaba en el templo para que lo pudieran encontrar siempre, y ellos eran su pueblo cumpliendo la ley y encontrándose con él en los actos de culto. Pues bien, para Jesús eso no bastaba, mejor dicho, eso era sólo sombra y preparación de lo definitivo. Y lo definitivo consistía en que Jesús, el Hijo único y

eterno de Dios, al hacerse no sólo un ser humano como nosotros sino nuestro hermano, al llevarnos a todos en su corazón, nos introducía en su propia relación de Hijo, nos hacía hijos en el Hijo. Así pues, volviendo a la fórmula de la alianza, que él era su Dios significaba que ahora, desde que Jesús se hizo nuestro hermano, él era nuestro Padre materno y que nosotros éramos su pueblo, significaba que éramos sus hijas e hijos.

Todo lo que dijo e hizo Jesús giraba alrededor de este acontecimiento. Por ejemplo, las parábolas, las bienaventuranzas y las sentencias son el lenguaje del Reino, que es el lenguaje de la vida, porque Jesús se dirigía a la gente común y quería que lo comprendieran porque tenía un mensaje muy consolador que darles. Por eso no usó el lenguaje casi incomprensible y por tanto excluyente de los maestros de la ley y de los sacerdotes. Los discípulos que escogió los eligió para que fueran sus colaboradores en la misión de anunciar y hacer presente el Reino. Los pobres fueron los destinatarios predilectos del Reino, los que se sentarían en el banquete del Reino. Por eso los proclama dichosos, bienaventurados, porque de ellos es el reino de Dios.

Pues bien, en este tejido alrededor del Reino, las curaciones y los demás milagros, pero sobre todo las curaciones y las liberaciones de endemoniados son los signos del Reino. Ambas se diferencian en que el enfermo tiene conciencia y dominio de sí, aunque algunas facultades las tenga disminuidas; en cambio el endemoniado ya no tenía dominio de sí: es fuerza, ese espíritu, ese personaje que se había ido formando había llegado a desplazar a la persona. Se trataba, pues, de lo que hoy llamaríamos enfermedades sicosomáticas, en tanto los enfermos estaban aquejados por males predominantemente físicos.

...

Los de arriba conciben a Dios como poder y por eso piden prodigios; los necesitados lo ven como el Dios de la vida y por eso perciben su paso en los milagros. Hay que decir que la mayoría de los de arriba y sobre todo los sacerdotes y los especialistas en religión, no se impresionaron mucho por los milagros porque no veían en ellos signos de salvación. Los maestros de la ley, que, como hoy en el islam, tenían también una función política, eran una especie de funcionarios porque el Estado se regía por la Ley de Dios, que llamaban en hebreo la Torá, como hoy los países islamizados se rigen por la sharía, que es la legislación sacada del Corán, le pidieron frecuentemente que hiciera prodigios para acreditarse como envidado de Dios.

¿En qué se distingue un prodigio de un milagro evangélico? Se distingue en que el prodigio es una desnuda demostración de poder, por ejemplo que el cielo se pusiera rojo y luego ne-



gro y luego amarillo o que un árbol se desarraigara y se fuera por los aires y se trasplantara en otro sitio. ¿Por qué Jesús no quiso hacer ningún prodigio, mejor dicho, no es sólo que no quiso sino que eso estaba fuera de su horizonte? Porque el prodigio revelaría a un Dios que se define por el poder y el Dios de Jesús y él mismo no se definen por el poder. El Dios de Jesús es sólo amor y el poder que hay en él es únicamente el poder del amor. Que Dios es nuestro creador significa que la vida nace del amor, de su relación constante de amor. Hacer un prodigio no es una manifestación de amor. Por eso el Dios de Jesús y el propio Jesús ni quieren ni pueden hacerlos. Sería indigno de ellos.

Los milagros del evangelio no son prodigios que van más allá de las leyes de la naturaleza y que por eso revelan el poder de Dios. Por el contrario, revelan hasta qué punto llega el amor de Dios derramado en los seres humanos. Revelan el amor misericordioso de Dios derramado en sus hijas e hijos y ante todo y sobre todo en su Hijo único Jesús.

Hay que decir que la gente popular, que era gente necesitada, y aun la gente necesitada que no era popular, como el jefe de la sinagoga al que se le estaba muriendo su hijita, sí captó que en los milagros que Jesús hacía aparecía la realidad benéfica del reino de Dios: se revelaban las entrañas maternas de ese Padre del cielo que no los abandonaba porque para él no eran la chusma sin peso ni importancia, como pensaban los dirigentes, sino sus hijas e hijos predilectos. Sólo se puede entrar al sentido de los milagros de Jesús por esta puerta de los dolientes que esperan en Jesús porque lo captan como portador de salud y vida.

Esta fue la puerta por la que no entraron sus adversarios. El que Jesús pasara haciendo el bien y liberando a los oprimidos por el mal, el que todo lo hiciera bien, como dijo la gente, no les tocaba el corazón porque no estaban enfermos y los enfermos no eran nada suyo, porque quienes sufrían enfermedades de pobres no eran para ellos sus prójimos, sus hermanos. La mise-



ricordia de Jesús no los remitía a Dios porque su Dios se definía por el poder y por tanto por las prescripciones de la ley y el templo y consiguiendo por la recompensa a quienes las cumplieran. Por eso ellos pedían a Jesús, no actos de misericordia sino prodigios, exhibiciones de poder que lo acreditaran. Jesús se indigna ante este emplazamiento por lo que implica de ceguera, de falta de conocimiento de Dios y de su actuación en la historia. A Dios no le interesa reivindicarse ni a Jesús tampoco. Ellos están completamente absorbidos por el ejercicio del amor que da vida, que cuida de la vida, que la repara, la rehabilita y la plenifica.

...

El amor se expresa como responsabilidad, como simpatía y compasión. Los milagros revelan el misterio de Dios.

Si la vida brota del amor, tanto Dios como Jesús no entienden la vida como vitalismo, es decir como gozar de la vida desentendiéndose de los demás y convirtiendo a los demás en satisfactores de mis deseos, una vida, pues, autocentrada. Para ellos la vida que brota del amor se expresa como simpatía y compasión y como responsabilidad. Ante todo, la responsabilidad de cargar con la propia vida y no descargarse en nadie, no vivirle a nadie, no oprimir ni mediatizar a nadie. Y luego vivir abierto a la naturaleza y a los demás, con una respectividad po-

sitiva, resonando con todo lo bello, con todo lo verdadero y bueno, escuchando, comunicándose y participando, de modo que no haya nada realmente humano que no resuene en su interior. La simpatía es, pues, la actitud primordial. Esta actitud se ejerce, sobre todo, con la vida menoscabada, la que no tiene elementos para vivir, la vida maltratada, agobiada, despreciada, abandonada. La simpatía con estas personas necesitadas la llamamos compasión, que en realidad es la misma palabra, una en griego y otra en latín.

Desde este punto de vista, la compasión es la manifestación más pura de la simpatía, la piedra de toque de que lo que llamamos simpatía no se reduce a mero vitalismo.

Por eso la compasión o misericordia revela lo más hondo del misterio de Dios, del que Jesús nos llama a participar porque, no lo olvidemos, el ser humano es creado a imagen y semejanza de Dios. Por eso el Sermón del Monte en la versión de Lucas, que para él es Sermón del Llano, concluye con estas palabras que lo compendian todo: "Sean misericordiosos como su Padre del cielo es misericordioso".

...

Jesús cura con la irradiación benéfica de su humanidad: la sanación acontece en el encuentro personal.

Así, pues, las curaciones son signos elocuentes de que Dios es nuestro papá con entrañas de madre, Papadios, como decimos nosotros. Por eso Jesús no cura como un mago, invocando mediante fórmulas secretas, a fuerzas ocultas. Tampoco sus curaciones son acciones técnicas propias de médicos que han estudiado el cuerpo humano y sus patologías y los remedios a ellas. Como son expresiones de su misericordia fraterna, Jesús cura con su cercanía humana, con la irradiación benéfica de su humanidad.

Los seres humanos somos estructuralmente respectivos: todos estamos vertidos en todos. La respectividad se da incluso cuando nos negamos a relacionarnos. De todos modos nos influimos, tanto positiva como negativamente. Es patente que a veces entra alguien a un local y el ambiente se congela o entra otro y se esponja. Cuanto más integrada sea una persona, cuanto más unificada, cuanto más se haya habitado y más haya plenificado todas sus potencialidades, tanto más influirá. Cuanto más cualitativamente humana sea su autoposición, cuanto su versión hacia los demás sea más constructiva, cuanto más esté regido por la simpatía y la compasión, influirá más positivamente.

Pues bien, Jesús está completamente centrado en su Padre y en sus hermanos, y no son dos direcciones vitales que se restan energías porque está entregado a nosotros porque ése es el de-

signio de su Padre, así que toda la entrega a su Padre desagua en la entrega a nosotros; por tanto el poder de irradiación de Jesús es elevadísimo y enteramente positivo. Pero todavía hay más, porque antes de entregarse a su Padre, su Padre se ha volcado completamente en él. Por eso puede decir Pablo que en él habita corporalmente la plenitud de la divinidad (Col 2,9). Por tanto la densidad de su humanidad, su consistencia, su peso existencial es infinito. Pero, no lo olvidemos, la sustancia de Dios es el amor. Por tanto su peso existencial infinito es el peso del amor misericordioso. Por eso la cercanía de Jesús cura. Pero como es un peso humano, no cura automáticamente sino sólo si la persona se abre a su cercanía, a su humanidad. Si no, no sería ejercicio de amor.

Por eso Jesús no cura sin la intervención del enfermo. Para entablar una alianza se necesitan dos sís. No basta que Jesús vuelque sobre él sus energías humanizadoras, es preciso que la persona se abra para recibirlas. Jesús se abre con fe al enfermo; es indispensable que el enfermo se abra con fe a Jesús. Por eso el mayor deseo de Jesús es poder despedir al enfermo diciéndole: "vete en paz: tu fe te ha salvado". Él suscita la fe; pero la fe del enfermo es indispensable para la sanación. Por eso la curación no es mera sanación corporal; es ante todo un encuentro personal que, de suyo, es personalizador. Por parte de Jesús no queda. Depende del enfermo que lo sea.

...

Las curaciones son manifestación de la presencia actuante de Dios que rehabilita y plenifica a la creación.

Queremos insistir que para Jesús la misericordia ante las multitudes pobres, sobrecargadas, desesperanzadas y humilladas es una actitud



primigenia, absoluta; no una mediación de algo más profundo y definitivo. Así pues, si las curaciones son reacciones primigenias de Jesús, ellas expresan lo último de su persona. A esto último es a lo que pide dar fe. Y en ello acontece la comunión con Dios. La misericordia no queda sobrepasada en la mística sino que por el contrario en esa relación en la que Dios es todo en la persona, la persona queda liberada a la misericordia que es Dios, se convierte en órgano de esa misericordia. Por eso hereda la vida quien actúa movido por la misericordia (Lc 10,37;15,20). La hereda porque es hijo de Dios que se define por ella (Lc 6,36).

Por eso los milagros de Jesús no son beneficencia puntual sino signos que suscitan esperanza en que la plenitud humana es posible. Fe en este contexto, fe que cura, es el hondo convencimiento, suscitado por Jesús, de que Dios es bueno con el débil y que esa bondad tiene tanta consistencia que es capaz de triunfar sobre el mal experimentado.

Jesús viene a suscitar esa fe incondicional en Dios, en un Dios que al venir a nosotros crea nuevas posibilidades, las negadas persistentemente en esta historia a los pobres. Así pues es una fe que vence del fatalismo que es la ideología que sostiene al sistema.

No son la cancelación excepcional de la condición humana, que de este modo revela a Dios como el que está más allá del poder ilimitado de los seres humanos. Por el contrario, los milagros apuntan a la plenificación de la creación por la realización de sus posibilidades inéditas, como anticipación del Reino, de la tierra nueva y los cielos nuevos. Pero esta plenificación se da al modo de la liberación, no sólo del fatalismo sino de las fuerzas deshumanizadoras que lo provocan con su dominio brutal y persistente. Por eso las curaciones y los exorcismos son la señal de que en el mundo está ya actuante un poder mayor que los poderes deshumanizados, un poder que se les enfrenta y los vence; pero no como un poder del mismo tipo, sino como un tipo de poder distinto: desarmado, que apela a la libertad y la libera, en el fondo, el poder del amor misericordioso, con su prestancia rehabilitadora y recreadora.

* Miembro del Consejo de Redacción de SIC.